

CAPÍTULO VI

El Cuicóyan. — Su situación. — La escuela de baile. — Reunión en ella de los mozos y las mozas de México. — Recato y honestidad de esos estudios. — Bailes de las mujeres desenvueltas. — Manera de bailar. — Ensayos de los grandes bailes. — Diversidad de danzas. — El baile pequeño. — El baile grande. — La danza de las rosas y otras muy usadas. — Representaciones dramáticas. — Los areytos. — La poesía. — Los cuicapique. — Utilidad de los cantares para la historia. — Carácter de la música. — Melodías de los Güegüenches. — Los cantos de los mayos y yaquis. — Los instrumentos músicos. — El Teohuéhuatl. — La deidad de la música. — Los teponaxtli del Museo. — Instrumento raro formado de barro, madera y concha de tortuga. — Pito con cascabeles. — Pitos con notas. — Conocimiento que tenían los mexica de algunos sonidos determinados. — Concierto de los instrumentos músicos con los cantares y danzas. — Juegos. — El volador. — Su simbolismo cronológico. — Explicación inédita de Boturini. — Afición de los mexica á las apuestas del juego. — Ometochtli como dios del juego. — Exageración del vicio y cómo se jugaban por esclavos. — Varias clases de juegos. — El patolli. — La deidad Macuixóchitl. — Luchas y ejercicios gimnásticos. — Forma definitiva de la ciudad. — Planos antiguos inexactos ó apócrifos. — Verdadera división de la ciudad. — Subdivisiones indicadas en la tira de Tepéchnan. — Habitaciones. — Calles y acueductos. — Casas del pueblo. — Xacalli. — Materiales de las casas. — Muebles. — Trajes. — Alimentos. — Bebidas. — Artes y oficios. — Los amanteca. — Tejedores. — Tejidos de pelo de conejo. — Carpinteros, alfareros y otros oficios menores. — El ámatl. — Su fabricación. — Los plateros. — Sus admirables trabajos. — Los lapidarios. — Piedras opacas y semitransparentes. — Su pulimento y sus taladros. — Piedras preciosas y transparentes. — Conchas y perlas. — Collar de caracoles. — Pintores. — Pinturas jeroglíficas. — Ornamentación policroma. — Arquitectura y escultura. — Medicina. — No la usaron los meca. — Entre los mexica no fué patrimonio del sacerdocio. — Era profesión hereditaria. — Cirugía. — Anestesia. — Médicos. — Baños. — Las clases acomodadas y principales. — Traje de los hombres. — Traje de las mujeres. — Comidas de esas clases. — Sus casas y muebles. — Alumbrado. — Cortinas. — Canoas. — Banquetes. — Flores y tabaco. — Educación. — Vida doméstica. — Las mujeres desenvueltas. — Las Cihuapipiltin. — Combate simbólico en su enterramiento. — Mercados. — El desembarcadero. — El tianquiztli. — Deidades protectoras de los mercados. — Tianquiztli de Tlatelolco. — Su gran concurrencia. — Su teatro. — Objetos que en él se vendían. — Orden y policía de los mercaderes. — Ferias especiales.

Inmediatos al recinto sagrado estaban el *Cuicóyan* y la plaza del Volador, y como quiera que ambos lugares tenían relación con las ideas religiosas de los mexica, vamos á tratar de ellos y como consecuencia del baile y juegos que aquéllos usaban. Debemos considerar la danza entre los mexica más que como entretenimiento como ritualidad del culto. Para adiestrarse en el baile se había fundado el *Cuicóyan*, espacioso edificio con grandes aposentos alrededor del patio en donde los bailes se ejecutaban. Estaba inmediato al recinto sagrado, ocupando al poniente el espacio comprendido entre el canal y el palacio de Moteczuma Ilhuicamina, de modo que abrazaba la manzana en que está el portal de Mercaderes.

Ya hemos dicho cómo los mancebos del *Calmecác* y de los *Telpuchcalli* tenían obligación de concurrir á aprender las danzas. Poco antes de que el sol se pusiese salían ciertos viejos y viejas en eso empleados y recogían á los mozos y mozas; ponían á los primeros en unos aposentos y á las segundas en otros diferentes, y cuando todos estaban reunidos los maestros de danza y canto colocaban sus instrumentos en medio del patio.

Salían entonces los mozos y las mozas, y los mancebos de cada *calpulli* tomaban de la mano á las jóvenes del mismo y comenzaban á bailar en rueda alrededor de los músicos. Enseñábanles los maestros á hacer los pasos más complicados á compás y á cantar con buena entonación los himnos conque acompañaban la danza. En este estudio estaban hasta bien entrada la noche, y en concluyendo, los viejos y viejas cuidadores llevaban á mozos y á mozas á entregarlos en sus casas. Cuidábase mucho de la honestidad en estos bailes y en esos estudios; por lo tanto, no es justa la opinión de que solamente las mujeres públicas se dedicaban á la danza en México. Las había y traían de otros pueblos mujeres desenvueltas para ciertos bailes; pero en lo general la danza, como ceremonia del culto, no imponía vergüenza á quienes la ejercitaban.

Por el contrario, preciábanse mucho los mozos de saber bailar bien, de cantar con perfección y de ser guías de los demás en las danzas; pues era difícil llevar los piés á compás y acudir á su tiempo con la voz y con el cuerpo á los meneos que usaban, porque su baile se regía no sólo por el son de los instrumentos, sino

también por los altos y bajos que el canto hacía cantando y bailando juntamente, para los cuales cantares había entre ellos poetas que los componían, dando á cada canto y baile diferente ritmo.

Así en las grandes solemnidades los señores entonaban cantares serios y pausados bailando reposadamente, mientras que en las danzas de los mancebos el



Danza de los mexica

baile era más rápido y los cantares alegres y de amores. Y teníanlos también deshonestos y propios para mujerzuelas, llenos de meneos y visajes, y en los cuales á veces bailaban hombres vestidos de mujeres.

Como en cada fiesta había bailes diferentes y diversos cantares dedicados á la deidad que se solemnizaba, antes de ella se hacían grandes ensayos de cantos y bailes para aquel día, y según era el cantar sacaban



Música.—(Códice Mendocino)

distintos trajes y atavíos de mantas, y plumas, y cabelleras y máscaras, vistiéndose, según ya hemos visto, unas veces como águilas ó tigres, otras como guerreros, otras como huasteca y otras como salvajes, monos, perros y otros mil disfraces.

Naturalmente en los diversos bailes la manera de bailar variaba: ya danzaban alrededor en círculos ya en filas; en unos bailes danzaban sólo hombres, en otros hombres y mujeres y los había exclusivos de determi-

nados guerreros ó sacerdotes. Clavigero pone como música de estos bailes en el centro el *teponaxtli*, de sonido melancólico, y el *huehuetl*, cilindro de madera alto de tres piés, hueco y cubierto en su parte superior con una piel de ciervo bien restirada que se tendía ó aflojaba para hacer más agudo ó más grave el sonido, y da á los bailadores el *ayacaxtli* ó sonaja que sacudían con la diestra al danzar, instrumento generalmente de barro y lleno de pedrezuelas para hacerle sonar.

En estas danzas había el baile pequeño que se hacía en los palacios de los señores ó en las fiestas de boda ó por diversión particular ó con motivo de alguna ceremonia religiosa privada: éste era de una sola rueda ó de dos á lo más, y los danzantes bailaban ó dando el rostro á una de las extremidades de su línea, ó viendo á la persona que tenían en frente en la otra rueda ó introduciéndose los de una rueda en la otra, ó bailando solos ciertos pasos entre las dos líneas que entonces suspendían su movimiento.

El baile grande se hacía en el patio del *Coatepanthli*, y es verdaderamente el que los cronistas llaman areyto. En éste se formaban dos ó más ruedas concéntricas de los señores y sacerdotes de edad, y dejando después un cierto espacio seguían varias ruedas de jóvenes: como cada rueda tenía que hacer su evolución en el mismo tiempo de la música, los danzantes de las interiores bailaban lenta y gravemente, mientras que la velocidad iba aumentando en las exteriores hasta alcanzar una rapidez vertiginosa. Ya hemos dicho que se hacían danzas hasta de ocho mil bailadores.

Pero, según Durán, el baile de que más gustaban los mexica era el que con aderezos de rosas se hacía coronándose con ellas, para el cual levantaban en el *teocalli* una casa de rosas y formaban á mano unos árboles llenos de olorosas flores; colocaban en esa casa ó enramada á su diosa *Xochiquetzalli*, y mientras bailaban descendían unos muchachos vestidos como pájaros y otros como mariposas, muy bien aderezados de ricas plumas verdes y azules, rojas y amarillas, y subíanse por esos árboles y andaban de rama en rama fingiendo que chupaban el rocío de aquellas rosas. Luego salían unos danzantes vestidos con los trajes de los dioses, y con sus cerbatanas simulaban tirar á los pájaros fingidos que andaban por los árboles. La mujer disfrazada de *Xochiquetzalli* salía á recibirlos, y llevándolos á sentar junto á ella en la enramada les daba rosas y hojas de tabaco para que fumasen.

Otro baile había en el cual los danzantes se disfrazaban de viejos corcobados, y dice el cronista que no era poco donoso sino de mucha risa. Había también un baile y canto de truhanes, y en él introducían un bobo que fingía entender al revés lo que su amo le mandaba, trastocándole las palabras. A esta danza agregaban á veces el baile de la tranca con los piés.

Como se ve, algunas danzas se convertían en

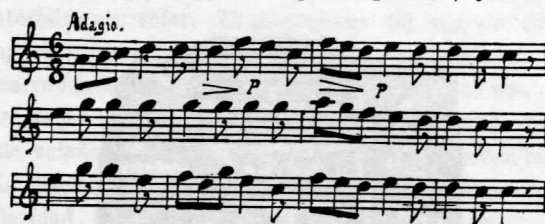
representaciones dramáticas; pantomímicas en su principio, debieron combinarse después con el relato de un solo actor, digámoslo así, que con el nombre de loa conocemos. La combinación de la música, del baile y de la poesía, debió producir verdaderas obras cómicas, y desgraciadamente no se conservaron las de los mexica, si bien se salvó el drama *Ollanta* del Perú y el *Rabinal Achi* de los quichés. Quien quiera formarse idea de la comedia jocosa de aquellos pueblos, lea *El baile de los Güegüenches ó del macho ratón*, que tal como se introdujo en Nicaragua ha sido publicado por M. Brinton.

En el areyto, palabra que viene del verbo arawack *aririn*, recitar, entraban con el baile como elementos la poesía y la música, y de ambas artes diremos algunas palabras.

Dulce y melodiosa la lengua de los mexica pres-tábase singularmente para la poesía, y hubieron de encontrar en ella los nahoas desde tiempo atrás el ritmo métrico. Pero si de esto tenemos noticias fidedignas, y no puede ponerse en duda, la verdad es también que no conocemos muestras de aquella poesía, pues las que andan impresas ó en manuscritos son obras posteriores á la Conquista. Mas sí sabemos que los reyes tenían sus cantores, acaso músicos y poetas á la vez, que les componían cantares de las grandezas de sus antepasados y suyas especialmente, de sus victorias y linajes y de sus extrañas riquezas. Había otros que componían cantares divinos en alabanza de sus dioses: éstos residían y eran pagados en los templos y se llamaban *cuycapicque*. Elocuentes, conceptuosos y metafóricos en el decir los mexica, y especialmente en sus piezas oratorias, lo eran más en sus cantares llenos de admirables sentencias. Tales cantos sirvieron mucho para conservar la historia, para dar á conocer el espíritu de la religión de aquellos pueblos y no pocos pormenores que no se podían hacer constar en los jeroglíficos.

Idea nos podemos formar de esa música por algunos cantos conservados, si bien han debido sufrir alteraciones por el transcurso del tiempo. De carácter melancólico por lo general, se buscaba en ella más que el ritmo melódico la expresión espontánea del sentimiento: era en realidad un conjunto de sonidos que servían como de sombra para hacer resaltar más la intención del cantar; la música se subordinaba por completo á la poesía. Acaso parecerán monótonas esas composiciones aisladamente; pero no eran más que una nota del concierto armonioso que formaba la poesía con sus brillantes metáforas, las bizarras ruedas de bailadores con sus trajes de plumas deslumbrantes y de oro resplandeciente, y sus templos de colores vistosos y su cielo tropical de turquesa. Como muestra de esa música podemos citar algunas melodías de los Güegüenches y el canto de la Malinche en la misma

obra. En su música se reflejaba la índole inquieta, guerrera y turbulenta de algunos pueblos, y á veces



Canto de la Malinche

era como lluvia de lágrimas en los cantares de la muerte. De los pueblos nahoas del Norte podemos citar



Los Güegüenches

también la música de un baile, que es reflejo de la que antiguamente tuvieron: el Pascola.



El Pascola

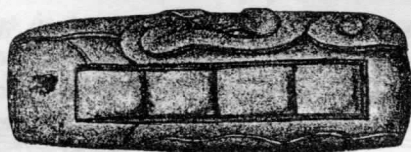
Poco tendremos ya que decir respecto de los instrumentos musicales, pues accidentalmente hemos hablado

de muchos de ellos. Parece que los mexica tenían por mayores y sagrados el *huéhuell* y el *teponaxtli*. El



Deidad de la música

gran *teohuéhuell* era el terrible instrumento del *teocalli*, era la voz de alarma y el grito de guerra, el rugido espantoso de la ciudad de los águilas y los



Parte superior del teponaxtli

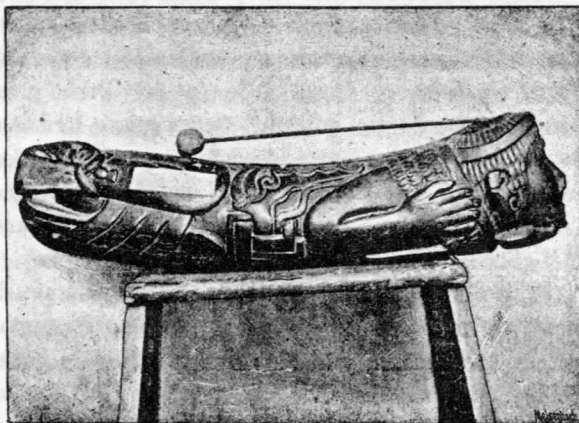
tigres. Respecto del *teponaxtli*, la única deidad de la música que conocemos en los pueblos de raza nahoa, semeja estarlo tocando. Es un pequeño bajo-relieve



Huéhuell del Museo

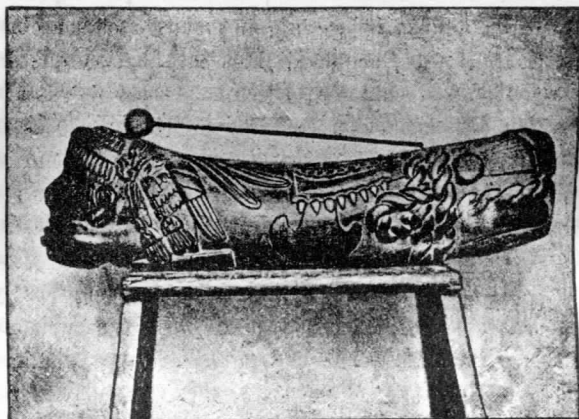
labrado en verde serpentina que existe en el Museo Nacional; además, en el mismo hay varios *teponaxtli*

de preciosísima talla que acusan la predilección por ese instrumento. En uno de ellos está esculpido un rostro de deidad con brazos por un lado, mientras en el otro



Teponaxtli del Museo

extremo tiene una cabeza de culebra. Otro primorosamente labrado, con una cabeza adornada de conchas y



Teponaxtli del Museo

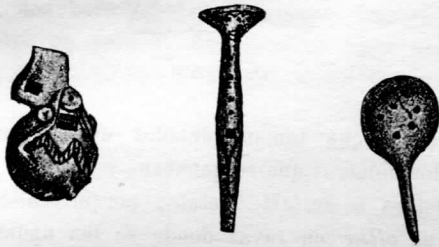
ricas plumas, tiene después esculpidas una mandíbula y una hacha y termina en una culebra arrollada.



Instrumentos musicales

Podemos citar también un instrumento bastante raro encontrado en la antigua calzada de Tlacópan.

Está construido de tres materias bastante disímolas, barro, madera y concha de tortuga. La parte superior es una culebra arrollada con tres vueltas, mordiendo la cabeza de una tortuga. La culebra es de barro. La tortuga es de madera y tiene en relieve los pies y manos sobre la concha. La base del instrumento es una plancha plana hecha del carpacho de una tortuga. Tiene todo una tercia de alto, una cuarta de largo y poco menos de ancho. El cuello de la culebra sirve de asa, y en la tortuga hay unos agujeros que servían,



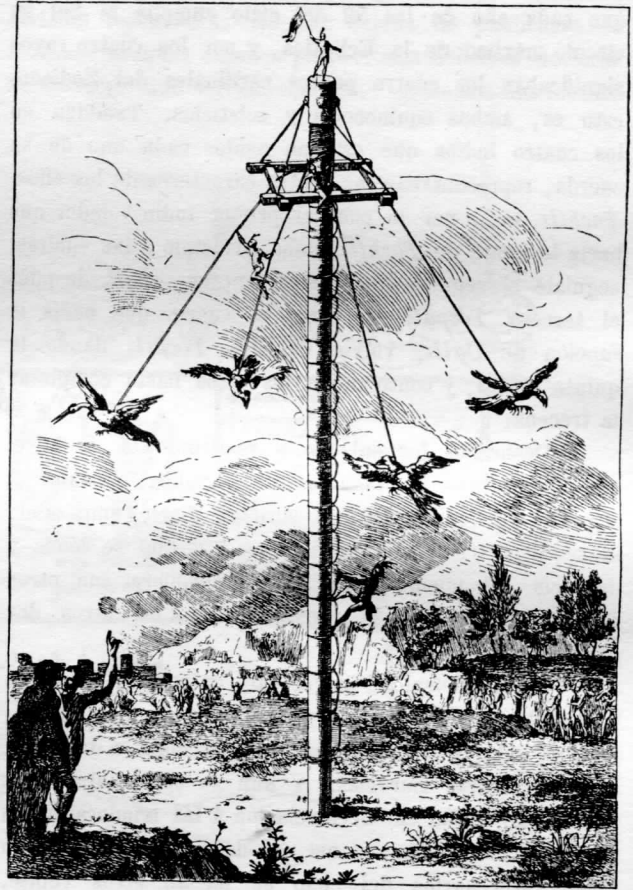
Pitos y sonaja

abriéndolos ó dejándolos libres, para variar los sonidos. Podemos referirnos á un pito sostenido por tres cabezas huecas de barro que sirven de cascabeles. Hay pitos de barro cuya embocadura está dividida en dos, de manera que podían darse dos notas á la vez ó cada una separadamente. En fin, tenían pitos que pudiéramos llamar clarinetes por su forma, con agujeros para variar las notas.

Así podemos decir que la música de los mexica, si se componía de muchos ruidos, tenía también sonidos verdaderos; de tal suerte, entre la estruendosa armonía de sus instrumentos podían modular melodías con notas precisas, ya de ellos conocidas, y para cuya emisión se hacían instrumentos precisos; música que unida á los cantares y las danzas debía producir un concierto extraño y grandioso.

Pasemos ahora á los juegos, y ya que mucho hemos hablado del de pelota tratemos del volador, el cual, como ya dijimos, estaba inmediato al templo. Era el volador un palo alto y grueso levantado en medio de la plaza: en la parte superior tenía una pieza cilíndrica movable de la cual salían cuatro largas y muy fuertes sogas, y pasaban por unos agujeros hechos en un bastidor cuadrado puesto cerca de la extremidad del madero. Los jugadores subían á lo alto por cuerdas atadas en el palo que presentaban lazadas para servir de escala: trepaban muy compuestos con sonajas y otros instrumentos músicos, y bailaban, cantaban ó decían gracias donosas en el bastidor cuadrado, colocándose uno en la altísima extremidad del madero, y mientras se deslizaban por las cuerdas cuatro hombres vestidos de pájaros ó monas, y con su peso producían la rotación de toda la máquina superior con los individuos en ella colocados; lo que á su vez, ayudado de la fuerza

centrífuga, hacía que las cuerdas se tendiesen y que los cuatro hombres afianzados á sus extremos parecieran materialmente volar. El mecanismo del aparato estaba dispuesto de tal manera, que con ese vuelo se iban desarrollando las cuerdas del madero, sin que una quedase sobre la otra, y de modo que al dar trece vueltas cada volador quedaban desprendidas, tendiéndose más y más hacia la dirección horizontal por el aumento de velocidad, hasta que cuerda, bastidor, remate, voladores y danzantes eran arrebatados en ese círculo sin



Juego del volador.

fin con rapidez vertiginosa. La inmensa altura del volador y los juegos que en él se hacían en medio de ese torbellino, sorprenden por su peligro y donosura. Hoy el pueblo lo usa; mas es un palidísimo reflejo.

El juego tenía una significación cronológica: los cuatro voladores representaban los cuatro símbolos de los años, y con las trece vueltas de cada uno formaban los cuatro *tlalpilli* del ciclo de cincuenta y dos años.

En un manuscrito que se conserva en la Biblioteca de la Academia de la Historia en Madrid con la siguiente portada: «Historia general de la América Septentrional—Tomo primero—De la Cronología de sus principales naciones—Le dedica al católico y poderosísimo Monarca Don Fernando VI. Rey de las Españas y Emperador de las Indias Nuestro Señor—El Caballero Lorenzo

Boturini Benaduci Señor de la Torre y de Hono, Cronista Real de Indias—,” en ese manuscrito, repetimos, hay una explicación del juego del volador, que por nueva é inédita reproducimos aquí:

“Hacían, dice, este regocijo en honra de *Xiuh-tecuhtli*, Dios del fuego; y como atribuían á la misma deidad el dominio y guía de los tiempos, llamábanle *Señor del año*, ó por otro nombre *Nauhyotecuhtli*, que quiere decir *cuatro veces Señor*, por los cuatro caracteres de los años que le acompañaban: así por la rueda donde se asían los voladores daban á entender que cada año de los 52 del ciclo cumplía el Sol su círculo máximo de la Eclíptica, y por los cuatro rayos significaban los cuatro puntos cardinales del Zodíaco, esto es, ambos equinoccios y solsticios. También en los cuatro indios que estaban asidos cada uno de su cuerda, representaban los cuatro caracteres de los años, *Tochtli*, etc.; por lo cual el primer indio volador que hacía la figura de *Tochtli*, daba principio á las vueltas, seguía el segundo, que representaba *Acatl*, después el tercero *Técpatl*, y luego el cuarto que hacía la función de *Calli*; volvía después *Tochtli* dando la quinta vuelta, y continuaban los otros hasta completar la treceña.

“Deshechos los enlaces y restituidos á su lugar con las cuerdas vueltas los cuatro indios, entraba el segundo que representaba el carácter *Acatl*, empezando la segunda triadecatérida de años, la que se hacía y deshacía del mismo modo que la primera con otras trece vueltas. Así se proseguía con los otros dos caracteres.

“En la solemnidad mayor para entretener al pueblo se mezclaban entre vuelo y vuelo diferentes habilidades, como el subir á la rueda mayor y descolgarse de arriba abajo por otras maromas. Y aun se continuaban más vuelos que tenían entonces relación á las triadecatéridas de los días del año; y así, si después de los cuatro vuelos trecenarios del ciclo se hacían otros veinte, entonces simbolizaban las veintenas triadecatéridas ó los 260 días que se incluían en el medio de la rueda del ciclo: si llegaban á 28 los vuelos era cuenta alusiva á otras tantas semanas trecenarias que tenía el año.”

Durán pinta á los mexica como muy aficionados á los juegos y á las apuestas, y uniendo el juego con la embriaguez, dice que los jugadores ponían jarros de licor á su lado y que tenían por dios á *Ometochtli*. A los que por costumbre tenían ese vicio los despreciaban y huían su compañía, y llegaban á tal extremo esos jugadores, que cuando ya nada podían apostar por haberlo perdido todo, jugábanse á sí mismos por cierto precio, con condición de que si dentro de un tiempo determinado no se podían rescatar, quedaban por esclavos perpétuos del que los ganaba.

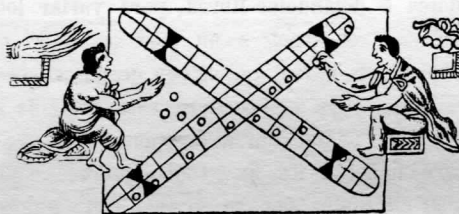
En cuanto á los juegos tenían uno semejante al de

las damas, en el cual usaban piedrecillas blancas y negras que se mataban como en el tablero. Durán cita también un juego de cañuelas; pero da por más común el *patolli*, que era de origen nahoá según recordáremos. Compáranlo con los dados porque se jugaba con



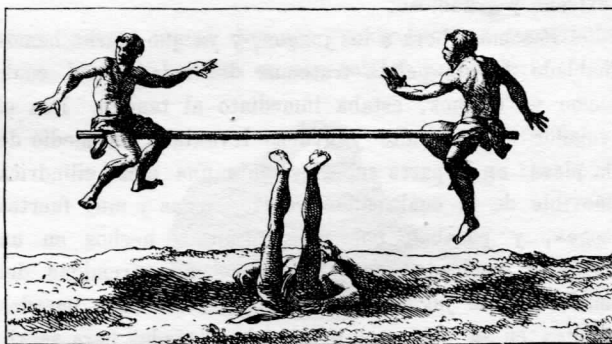
Ometochtli

unos frijoles que tenían pintados unos puntos para marcar los números que se ganaban, y le dicen también de la estera ó *petlatl*, petate, porque en él tenían pintado un *ollin* con rayas donde se iba apuntando la ganancia de cada partido, para lo cual uno empleaba cinco colorines que daban nombre al juego y el otro



Juego del Patolli

cinco piedrecitas azules. Este juego, como lo manifiesta su forma, estaba combinado como los periodos cronológicos. Los jugadores de profesión andaban cargando su estera debajo del brazo y con los *patolli* atados en un lienzo; antes de empezar el juego hacían oración y pedían fortuna á los frijolillos y al petate como si fueran



Baile de la tranca

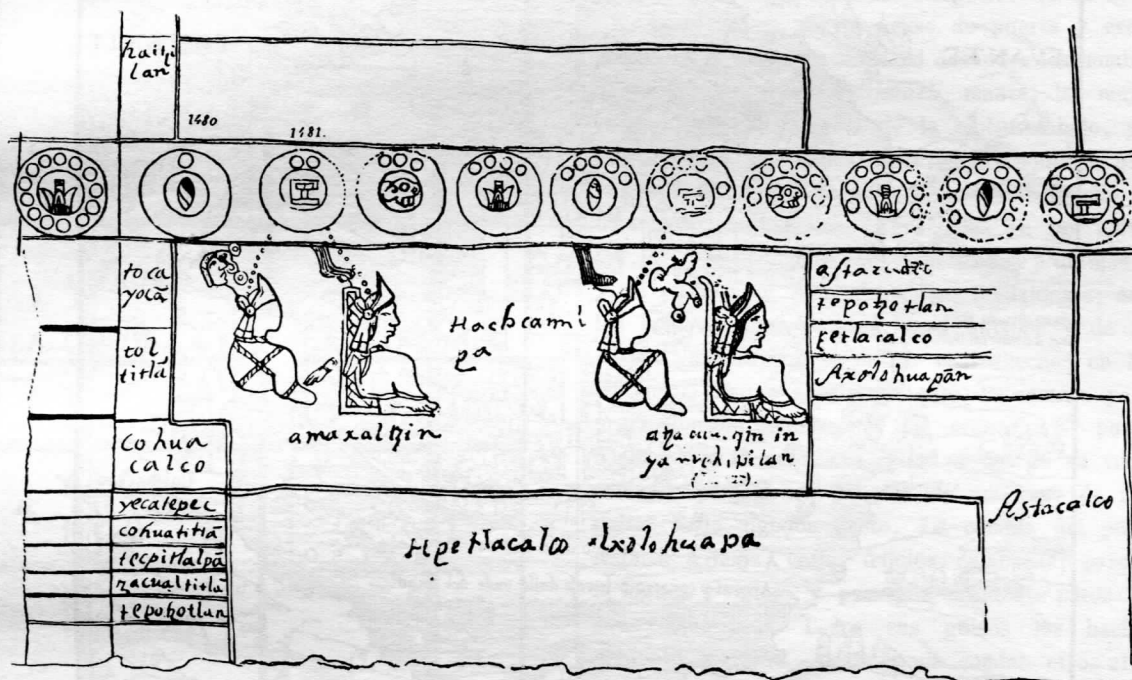
dioses, y cuando jugaban juntábase alrededor gran gentío de apostadores y curiosos. Y para arrojar los *patolli* restregábanlos primero entre las manos y los arrojaban sobre el *ollin* del petate invocando á la deidad *Macuilxóchitl* ó cinco flores, protectora especial de ese juego. Bernal Díaz habla, además, de otro juego

llamado *totoloc*, que servía de distracción á Moctezuma cuando estaba preso.

Había también por juegos luchas de hombres y aun, según Torquemada, con fieras, pues cuenta que en la coronación de Techotlala los guerreros lidiaron con tigres y leones. Tenían por diversiones las carreras y las cacerías y ejercicios gimnásticos, pues sabemos que algunos bailaban en zancos altísimos; otras veces tres hombres subidos uno sobre otro danzando el primero en el suelo y el segundo y tercero en los hombros que los sostenían ó el último en la cabeza del segundo, y en fin, dos bailarines se ponían del hombro del uno al del otro un palo en ángulo sobre cuyo vértice se subía un tercero bailando todos al mismo tiempo. Y no

olvidemos al bailarín de tranca que la jugaba con los piés, sentado un hombre en cada punta del madero.

Sin duda que en tiempo de Ahuizotl la ciudad había tomado ya su forma definitiva: una parte de la tira de Tepéchan así lo indica, poniendo un plano informe de aquella y en su centro á Axayácatl, Tizoc y Ahuizotl, como para significar que bajo el reinado de los tres hermanos México había quedado perfectamente organizado. No hablaremos por ahora de sus edificios ni otros pormenores, pues será más á propósito hacerlo después; pero sí nos ocuparemos de lo que pudiéramos llamar su división topográfica. No han dejado de publicarse en crónicas antiguas algunos planos; mas debemos declarar desde luego que no merecen fe. Citaremos únicamente



México.—Tira de Tepéchan

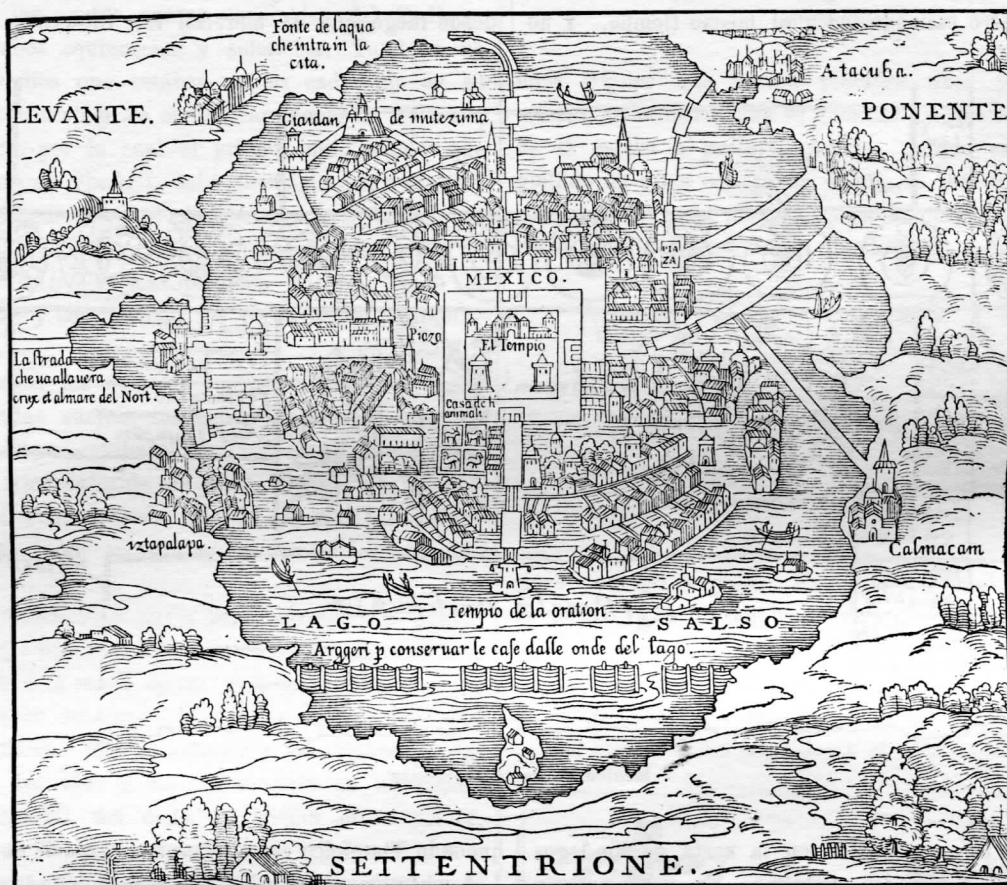
como ejemplo el comprendido en la carta de los lagos agregada al Conquistador Anónimo. En vano querría uno formarse con él una idea verdadera de la ciudad de Tenoch. En los tiempos modernos el señor Orozco hizo uno, el cual corre en el Atlas de su Historia; pero en él sigue diferente plan que nosotros. No conocemos ninguno anterior á la Conquista. El que se publicó en la edición de Prescott, hecha por el señor García Torres y que se decía regalo de Moteczuma á Cortés, es notoriamente apócrifo. Veamos nuestras ideas propias.

Con el tiempo y con las construcciones sobre el agua, las dos islas de Tlatelolco y Tenochtitlán se habían extendido formando una sola, aunque la antigua división se marcaba por un canal de oriente á poniente. Resto de ese canal era la zanja últimamente tapada, que iba del puente del Clérigo al de Tezontlale. Como ya hemos visto, desde el reinado de Axayácatl había

quedado Tlatelolco como un nuevo *calpulli* de la ciudad. Los cuatro mayores y los veinte menores de la antigua Tenochtitlán se formaban por las calzadas y los canales. La calzada de Itztapalápan, al sur, y su continuación al norte, y la de Tlacópan, al poniente, y su continuación á oriente, se cruzaban, teniendo en su centro el gran *teocalli*, y dividiendo la ciudad en los cuatro *calpulli* mayores, Zoquiápan, Atzacualco, Cuépópan y Moyotla. Para formar los menores se hicieron canales paralelos á las líneas de las calzadas; de norte á sur dos, uno al poniente, que pasaba por la actual calzada de Santa María y continuaba por Santa Isabel, San Juan de Letrán y calles de San Juan hasta el lago, cuya antigua existencia se revela con los nombres de los puentes del Zacate, de la Mariscala, de San Francisco, Quebrado y de Peredo, y otro al oriente, del cual existe buena parte en la acequia que va del puente de la Leña al

canal de la Viga; y de oriente á poniente tres, uno al norte, que pasaba detrás del actual Santo Domingo, como lo acusan los puentes de Santo Domingo, Leguizamón, San Pedro y San Pablo y el del Cuervo; otro en el centro de la ciudad, que pasaba por la calle de la Acequia, frente de la Diputación y calles del Refugio y Coliseo, el cual alcanzaron algunos de los que viven todavía, y el último al sur, pasando adelante del *teocalli* llamado *Huitznáhuac*, que estaba donde ahora es la iglesia de Jesús, y el cual se manifiesta por los nombres de puente del Fierro, de Jesús, de San Dimas ó Venero y de la Aduana Vieja.

Así con las dos calzadas de Itztapalápan y Tlacópan y sus prolongaciones, y con los cinco canales que podemos llamar del Oriente, del Poniente, del Norte, del Centro y del Sur, se formaban los veinte *calpulli* menores. Suponiendo la isla de forma regular y trazando las calzadas y los canales con líneas paralelas, nos formaremos una idea perfecta de su división, sin que por esto sostengamos que tenía tal forma regular, pues era más angosta en el norte que en el sur, ni podemos afirmar que los canales seguían líneas exactamente paralelas. Agreguemos que había otros canales secundarios de poca importancia para nuestro intento.



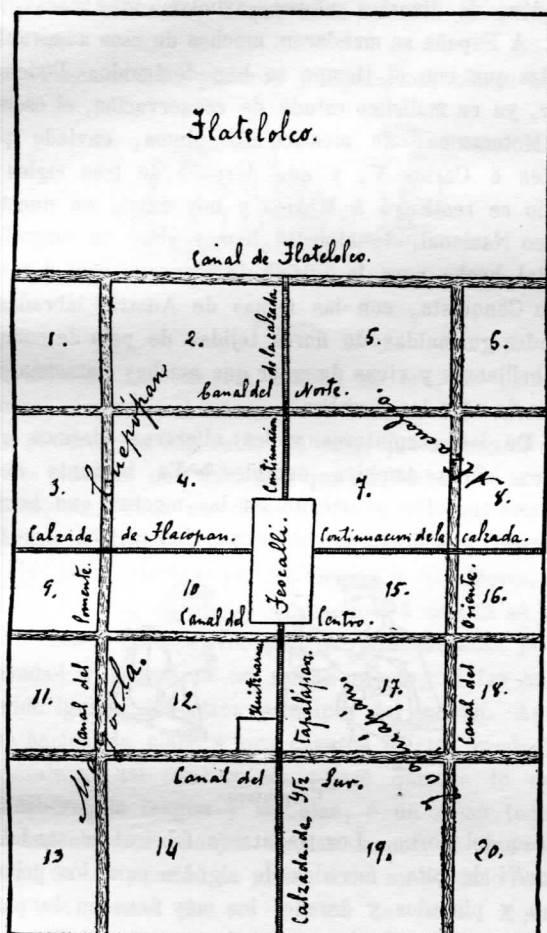
Plano de la antigua ciudad de México en el Conquistador Anónimo

Advirtamos solamente que el intérprete de la tira de Tepéchnan nos da á conocer algunas subdivisiones, aunque desgraciadamente no son completas. Así vemos en el rumbo del poniente Aztacalco, Tepotzotlán; Petlacalco y Axolohuápan, lo cual va conforme con la situación que ya conocemos del Petlacalco, donde está ahora San Hipólito, y en el rumbo del oriente, extendiéndose á norte y á sur, hallamos los nombres de Tzaitzillán, Tocayócan, Tochtitlán, Cohuacalco, Yecatepec, Cohuatitlán, Tecpitlálpan, Zacualtitlán y Tepotzotlán.

Respecto de las habitaciones que en la ciudad había debemos distinguir los grandes palacios, de que trataremos en el reinado de Moteczuma Xocoyótzin, las casas

de los principales y las del pueblo. Y no olvidemos que el mismo Conquistador, al describir la ciudad, habla de calles muy anchas y muy derechas, las más de las principales mitad de tierra y mitad de agua, por donde andaban los mexica en canoas, y puentes sobre el agua de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas, y se refiere también á dos caños de argamasa anchos como dos pasos cada uno y tan altos casi como un estado, por donde venía el agua de Chapultepec siguiendo la calzada de Tlacópan. Tomábase el agua del acueducto y se andaba vendiendo por las calles en canoas. Igualmente llegaba á Tlatelolco otro acueducto que vimos descubierto en una

A las diversas calles, ya sólo de agua, de tierra ó de tierra y agua, tenían salida las casas de la ciudad. Eran las de los principales muy buenas, muy grandes y muchas, pues no sólo las tenían los grandes mexica, sino los que cierta parte del año residían en la corte. Ya hemos dicho que estaban construídas en alto, con muchos aposentos y jardines: las más eran de un solo



piso, aunque había algunas de dos, y únicamente los grandes podían tener piezas superiores á manera de torres. Al derredor de los patios tenían grandes salones para recibir, y algunas, como señal de grandeza, un alto y puntiagudo mirador en medio del patio.

Todavía á los extremos de esa ciudad las habitaciones eran más miserables, jcales, *xacalli* de carrizos

Las casas, según su importancia, eran de adobes revocados con cal ó de *tezontli* estucado y pintado de diversos colores. Las buenas casas tenían azoteas planas. Las casas de los artesanos y lo que pudiera llamarse clase media, si bien conservaban la forma de casas de vecindad, eran más levantadas y cómodas que las del pueblo.

Naturalmente el ajuar de las habitaciones correspondía á la clase de éstas y de los que en ellas vivían. Componíase en las del pueblo de petates para dormir y comer, el metate para hacer las tortillas de maíz, algunos trastos de barro para guisar y guardar el agua y acaso alguna pequeña deidad protectora de la familia. Una mala estera servía acaso de puerta y era ligero abrigo á la intemperie. Casi desnudos los hombres con el *maxtli* y el *áyatl ó tilmatlí*, manta, las mujeres se cubrían con el *cuéyatl* de la cintura abajo, y si no todas tenían una camisa ó *huilpillí*, poníanse al menos el *quixquemil* para taparse el cuerpo, cuidando siempre de trenzar sus cabellos. Agraciadas en sus movimientos, de piés pequeños como sus manos y de ojos negros y vivos, no eran de mal parecer las mujeres; así como los hombres eran fuertes, desarrollados y de aspecto varonil, siendo raro encontrar contrahechos en México. El señor Orozco afirma que entre los mexica ya no se practicaba la deformación del cráneo. El pueblo no usaba *cactli* ó sandalias, y las piezas de su traje únicamente podían ser de pita de maguey, de fibra de palma ó de algodón basto. La comida del pueblo se reducía á maíz, chile, frijoles, calabazas, pescados de la laguna y ranas, y por feliz accidente patos ú otras aves acuáticas. Todos sus guisos los hacían con pimiento ó *chilli*. Verdad que comían otros alimentos peores aun, como quelites, *quilitl*, hierbas del campo, raíces, hojas tiernas de nopal, el *xolotzontli* ó cabellos de las mazorcas, el *metzollí*, raspaduras del maguey. A veces como festín tomaban tunas, chayotes y otras frutas, el *michhuauhtli*, de que hacían tamales, cebollas, *xondcatl*, *xitómatl*, *itzmiquilitl*, *epátzotl* y otras especias y verduras. Sus bebidas fermentadas eran el *octli* de maguey, la *chicha* hecha del maíz y licor de palmas. Como sacaban azúcar de la caña del maíz y parece que de otra especial, hacían bebidas fermentadas con dulce como el colonche, ya citado, el tepache y otras. En la clase baja del pueblo no había educación y por lo mismo tampoco desarrollo intelectual. Enseñaban únicamente á los niños al trabajo, y como no tenían bestias de carga en ellas se convertía el indio. Cargando á las espaldas el huacal lleno de trastos ó el pesadísimo madero, la frente se inclinaba al suelo como la de las bestias, y cuando la mirada no sube al cielo, el alma no llega á ese otro cielo de la civilización y del progreso. Podemos, pues, decir que

el pueblo mexicana era un pueblo desgraciado, por más que ya tuviese el hábito de la desgracia.

El artesano ó artífice mejoraba su condición en habitación, traje y comodidades, y cuidaba de pasar este mejor estado á sus hijos: se ha sostenido con empeño que éstos no tenían obligación de seguir el oficio del padre, pero si la ley no lo mandaba, lo hacía la conveniencia. En las pinturas del código Mendocino encontramos al carpintero, al lapidario, al pintor, al platero y al maestro de guarnecer plumas, y todos están enseñando á sus hijos.

Los guarnecedores de plumas se llamaban *aman-*



Amantécatl

teca. Los tolteca usaron ya riquísimas plumas, pues aun cuando se dice que únicamente tenían plumajes negros y blancos formados de plumas de ánades y garzas, los encontramos en los relieves con grandes plumeros, costumbre recibida del Sur, en cuya región la abundancia de los *quetzalli* y de otras aves de bellísimos colores había hecho nacer el hábito del adorno. En México se introdujo en gran escala en tiempo de Ahuizotl por los mercaderes llamados *tecunnenque*. Los *amanteca* formaban un gremio agregado al de los *pochteca*: adoraban siete deidades, entre ellas dos diosas, siendo su dios principal *Coyotlindhuac*. Hacían dos fiestas solemnes con sacrificios de esclavos en las veintenas *Panquetzaliztli* y *Tlaxochimaco*. Empleaban las plumas pequeñas para señores, sacerdotes y dioses, y las grandes en petos, escudos, mitras, mosqueadores y riquísimas mantas. Los *amanteca* que se dedicaban al mosaico de plumas labraban hermosas figuras de bello perfil, con sus colores y sombras como si fuesen pinturas. Se repartían las diversas partes del trabajo entre varios artistas, y luego las reunían sobre una lámina de cobre ó tabla bien pulida. Los que vieron sus trabajos los admiraron grandemente. Hoy todavía se hacen muy notables en Michuacán, aunque ya no constituyen la gran industria de otros tiempos.

Notable llegó á ser también el oficio de los tejedores. Ya no sólo labraban finas telas de algodón y bordadas de colores, sino que les entretejían plumas y pelo de conejo. Hablando de éste cuenta el Conquistador Anónimo que lo tomaban del vientre de las liebres y conejos y lo hilaban tiéndolo en greña de varios colores, cuyos tintes daban con tanta perfección que nunca perdía el color. Con ese hilo hacían tan lindas labores como en Europa con la seda, y las telas tejidas con él eran de larga duración. El mismo Cortés,

tratando de los regalos que le hizo Moteczuma, dice de los tejidos que, aunque eran de algodón y sin seda, en todo el mundo no se podía hacer ni tejer otros tales, ni de tantos y tan diversos y naturales colores ni labores, en que había ropas de hombres y mujeres muy maravillosas, y había paramentos para camas que hechos de seda no se podían comparar, y había otros paños como de tapicería que servían en salas y templos, y colchas y cobertores de cama, así de pluma como de algodón, de diversos colores, asimismo muy maravillosos. A España se mandaron muchos de esos admirables tejidos que con el tiempo se han destruido. Podemos citar, ya en malísimo estado de conservación, el escudo de Moteczuma, de mosaico de pluma, enviado por Cortés á Carlos V, y que después de tres siglos y medio se restituyó á México y hoy existe en nuestro Museo Nacional. Igualmente hemos visto un magnífico frontal hecho para la iglesia de Tlaxcalla poco después de la Conquista, con las armas de Austria labradas y grandes guirnaldas de flores tejidas de pelo de conejo, tan brillantes y vivas de color que muchas personas por obras de seda las tomaban.

De los carpinteros y los alfareros diremos que hacían obras también notables. Ya bastante debe haberse conocido su mérito en las muchas que hemos descrito, y sólo agregaremos que los mexicana conocían



Carpintero

el uso del torno. Los zapateros fabricaban sandalias ó *cactli* de pita, forrados de algodón para los principales y pintados y dorados los muy finos en la parte del talón. Los curtidores adobaban cueros de tigre, de ciervo y otros, dándoles la blandura de la tela. Los preparaban, además, lo mismo que el *ámatl* ó papel hecho de fibras de maguey, para pintar en ellos sus jeroglíficos. Había, en fin, los fabricantes de petates, algunos de tejidos finísimos; los que hacían jicaras, *xicalli*, con barnices y dorados muy hermosos, y otros que labraban diversos objetos, de que ya hemos dado razón.

El *ámatl* ó papiro mexicana merece que de su fabricación digamos algo. Se hacía del maguey, macerando algún tiempo en agua las pencas y machacándolas después para separar de los filamentos la parte carnosa; se extendían aquéllos por capas, untándolas de goma y sujetándolas á una fuerte presión para que quedasen bien unidas. Se hacía también el papiro de la corteza de un árbol llamado *amacuáhuatl*, de algodón, de fibras de la palma, *icxotl*, y de otros textiles. El nombre de

amatl quedó común para el papiro, para la materia de que se hacía y para los libros. Se empleaba no sólo para pintar los jeroglíficos, sino para diversos adornos y objetos del culto. Se le daba más ó menos grueso y se hacía más ó menos fino: tenemos algunos ejemplares toscos y burdos y otros delgados y lustrosos como lienzo de seda. Concluyamos diciendo que había fábricas de ese papel, y todavía después de la Conquista podemos citar una en Tepoxtlán, de que habla Hernández, y otra en Culhuacán, á que hace relación el corregidor Gallego.

Pasemos á los plateros y lapidarios, oficios distin-



Platero

guidísimos. Los mexica usaban el oro, la plata, el cobre, el plomo, el estaño y el bronce. El trabajo de los plateros era admirable; sabemos que usaban el crisol y las pinturas nos muestran que empleaban la mufia y el soplete. Para acreditar su habilidad nos basta el testimonio del mismo Cortés. Al hablarle á Carlos V de las joyas ofrecidas por los mexica y que fueron evaluadas en 162,000 pesos, le dice que á más de su valor eran tales y tan maravillosas, que consideradas por su novedad y extrañeza no tenían precio, ni las habían tenido iguales los otros príncipes del mundo. Agrega que hacían de plata y oro cuantos objetos producía la naturaleza: así fundían un pájaro que se le movía la cabeza, la lengua y las alas, ó un mono todo de movimiento con sonajas en las manos, ó una pieza mitad de oro y mitad de plata, como un pescado fundido con una escama de oro y otra de plata. Aquellos secretos de la platería se han perdido y sólo la filigrana se trabaja como en la antigüedad. Debemos remontar el gran adelanto de ese arte hasta los tolteca. En efecto, se llamaba *tolteca* por excelencia á los *tlatlaliáni*, que quiere decir los que asientan el oro ó alguna cosa en él ó en la plata. El señor Orozco observa con razón, que supuesto que en el nahoa había diversos nombres para los que labraban plata, oro, anillos, vasos y joyas, esto indica que el arte de la platería estaba dividido en diversos ramos practicado cada uno por particulares artistas.

Combinaban su trabajo con los plateros los lapidarios. Hemos visto que los tolteca sabían ya labrar las piedras finas, y creemos que recibieron ese arte de la civilización del Sur. Son muy comunes los amuletos y cuentas ó colgajos de collares hechos de piedras opacas y semitransparentes. Según las clasificaciones del señor Bárcena se encuentran dioritas, ágatas, ópalo, helio-

tropos, clorita, litomarga, feldespatos y otras. No solamente es notable su pulimento, sino los taladros que

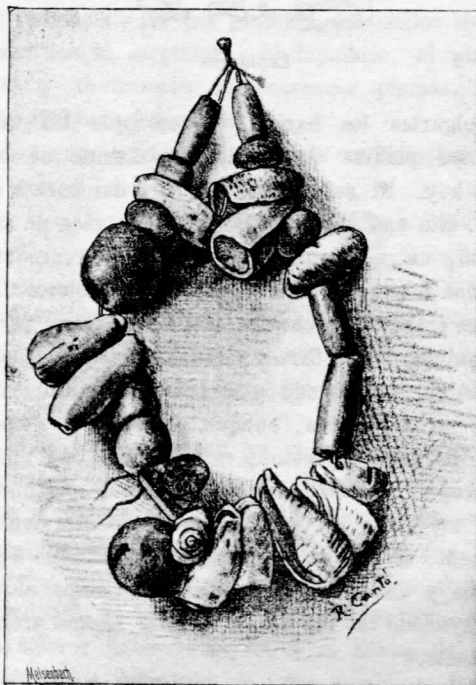


Lapidario

para colgarlas les hacían. Dicese que los taladros curvos en piedras duras de los mexica no pueden hacerse hoy. El señor Orozco, para dar cuenta de ese trabajo, cita una calavera de cristal de roca de nuestra colección, en el siguiente párrafo que reproducimos. «Tenemos á la vista para juzgar, de la colección Chavero, un cráneo pequeño de cristal de roca, perfectamente pulido, líneas firmes y correctas, toques maestros y valientes. El horado emprendido verticalmente no llegó á ser terminado, aunque el artífice lo emprendió por ambos lados opuestos; es cilíndrico, de unos dos milímetros de diámetro, las paredes sin despostilladuras, aunque no lisas, la base plana. Todo ello indica un instrumento de bronce, sin punta, introducido á golpes sucesivos y dando vueltas al mismo tiempo al perforador, ayudado tal vez por el agua y alguna arena fina y resistente.»

Sahagún nos da cuenta de las piedras que consideraban preciosas y de cómo los mexica tenían sus señales para descubrirlas: las sacaban rompiendo las rocas que contenían las cristalizaciones. Podemos citar el *chalchihuitl* de los mexica empleado en forma de cuentas ó tubos para collares y pulseras, los cuales no podía usar la gente del pueblo: verde, poco transparente y con manchas blancas (*flourina*). El muy verde, transparente y sin manchas se llamaba *quetzalchalchihuitl*, y el verde con vetas negras *thiyalotic*. El señor Orozco llama la atención sobre que los pueblos que daban sartales de estas cuentas eran Tepecuacuilco, Coaixtlahuacán, Tochtepec, Xoconochco, Cuatláxtlan y Tóchpan. Las esmeraldas se llamaban *quetzaliztli*, que literalmente significa piedra preciosa: en la región del centro se sacaban de Tejupilco. Las turquesas estaban destinadas á los dioses, por lo que se llamaban *teoxihuitl*: en el Museo hay una diosa *Coatlícue* con las mejillas cubiertas de turquesas. Las redondas se decían *xihuatli* y las planas *xixihuitl*. Quiauhteópan tributaba una cazuela de pequeñas turquesas y Yaoltepec diez mascaritas de turquesas y una grande labrada. Tenían el rubí *tlapalteoxihuitl* y las piedras ya citadas, *tehuilotl*, cristal de roca, y *quetzalitzepiollotli* ó ópalo y ámbar claro. El *xihmatlalitzli*, el zafiro, según el señor Orozco, el *extletl*, la piedra de sangre, y el *mixtecatetl*, una piedra manchada de colores. Agreguemos, finalmente, el mármol, *aitzli*, y

el tecali, *iztacchalchihuitl*. Pulían las piedras primero con polvo de pedernal y después con la arena fina de unas pedrezuelas rojas que traían del Anáhuac, del mar y de Tototepec. Usaban también conchas del mar, *eptli*; caracoles, *cilin*; coral, *tapachtli*; concha nácar, *eptatapálcattl*, y perlas, *epiollotli*. Tenemos un collar



Collar con caracoles

de caracoles marinos con un cascabel de bronce: aquéllos están cortados verticalmente al eje faltándoles el remate de la espiral; fueron encontrados en un sepulcro en Tejupilco.

El pintor se llamaba *tlacuilo*; éste era quien hacía las pinturas jeroglíficas, y como el oficio exigía conocimientos especiales, se transmitía de padres á hijos.



Pintor

Eran los *tlacuilo* muy considerados por reyes y señores, y á manera de paleógrafos ellos traducían y explicaban las pinturas. Se decía *tlatollotl* la historia pintada, y si era de un hecho aislado *tlacuilotli* ó *tlacuilotliztli*. El pintor de historias era *xiuhtlacuilo*, que más bien significa cronista por años, á causa de la manera con que consignaban sus sucesos cronológicamente. Estas crónicas eran *cexiuhtlacuilotli* ó *cexiuhámatl*. Ya sabemos que en estas pinturas se seguían diversos métodos y que eran más ó menos bien pintadas y con

colores más ó menos bellos, distinguiéndose principalmente las mixteca.

Pero si estos pintores eran los principales, no debemos echar en olvido que monumentos, edificios, piedras y aun muchos trastos estaban pintados de colores, las más veces con figuras simbólicas que exigían grandes conocimientos en el artífice, pues hasta los mismos colores empleados tenían su especial significación. Podemos decir que era general la ornamentación policroma: hay en ella bellísimas grecas, dibujos fantásticos, combinaciones sorprendentes de líneas, todo lo cual revela un gusto característico pero estético, y un pueblo de imaginación tropical, amante de los colores limpios y vivos como su cielo y sus montañas.

Se comprende que la grandeza de México atrajera á los principales artífices de los otros pueblos. La vida de esta clase trabajadora debía alcanzar, como era lógico, mayor bienestar que la del pueblo, sobre todo en habitaciones, alimentos y trajes. Y todavía más en los individuos de las que podemos llamar profesiones científicas, como la escultura, la arquitectura y la medicina. Tanto hemos hablado de las dos primeras y de los múltiples conocimientos que revelan, que ocioso es repetirnos; pero diremos algo de los médicos.

Ya hemos visto como los sacerdotes practicaban la medicina; pero las razas meca no la usaban: si el enfermo de dolencia grave no sanaba pronto, se reunían sus parientes y de acuerdo lo mataban atravesándole una flecha en la garganta. Sahagún refiere que á los que eran muy viejos los mataban con flechas y los enterraban con mucho regocijo, durando las fiestas del entierro dos ó tres días con gran baile y canto. Por eso sin duda, entre los mexica, al recibir la medicina de los restos de la civilización tolteca, no la hicieron patrimonio del sacerdocio. Ciencia experimental, y no pudiendo conservarla por escrito, se transmitía de padres á hijos, y con ella el ejercicio de la profesión. En México, Texcoco, Tlaxcalla y Cholóllan había hospitales. Fundábase principalmente la medicina en la aplicación de vegetales, de los cuales no pocos fueron después introducidos en la ciencia europea. Esto exigía conocimientos botánicos; y quien quiera profundizar esta materia, lea el magnífico trabajo del señor Troncoso. Naturalmente, á la medicina mezclaban la superstición y los agüeros.

Ejercían, además, los mexica la cirugía, y el misterioso Gregorio López nos ha conservado el dato curioso, de que para hacer sus operaciones, siglos antes de la invención del cloroformo, le procuraban al enfermo una anestesia que duraba hasta cuatro horas, dándole á beber el zumo de una hierba, que él dice ser la mandrágora.

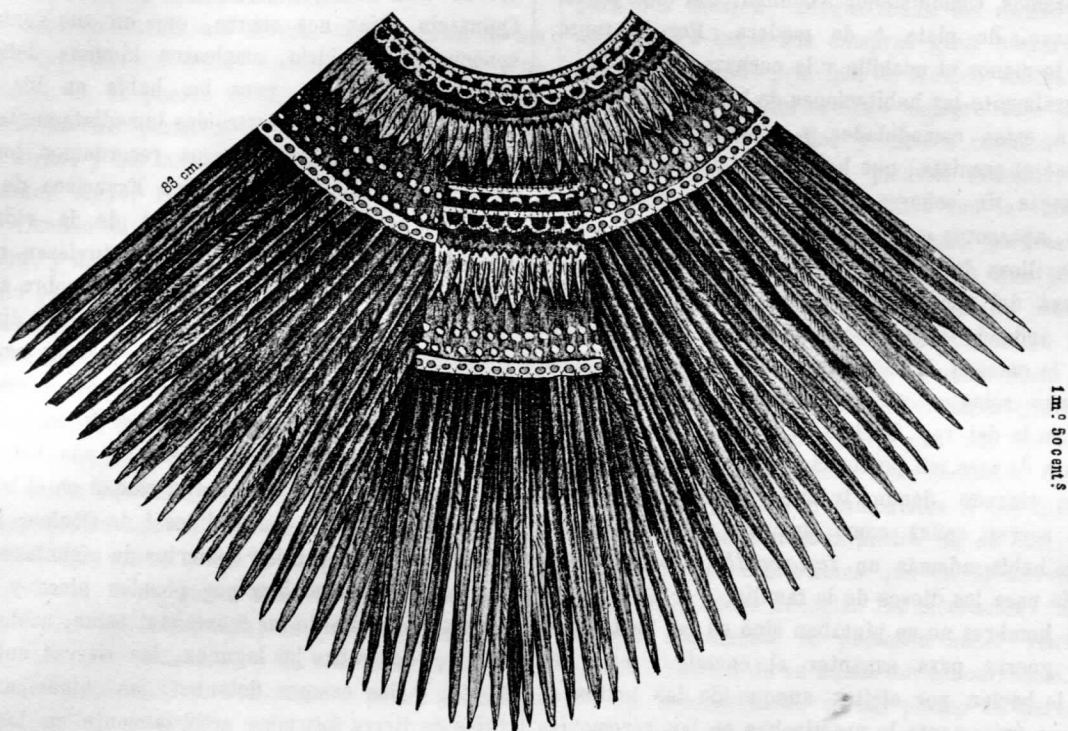
Había también médicas: unos dicen que eran sólo parteras, otros que curaban todas las enfermedades de las mujeres, y los médicos las de los hombres. Pero

todavía hay curanderas que son preferidas por las gentes de ambos sexos del pueblo á los profesores en medicina, y aun se atreven á ejercer de manera mortífera la cirugía: esto acusa que entre los antiguos mexica las mujeres practicaban la medicina.

Como uno de los remedios más comunes eran los baños, queremos hablar aquí de una rara superstición de aquellas gentes: jamás se bañaban hombres solos ni mujeres solas, sino que habían de estar mezclados los dos sexos, pues de otra manera lo tenían por mal agüero, y el baño medicinal se tornaba en causa de enfermedades y desgracias.

Los hombres dedicados á esas artes y profesiones, y sus auxiliares, como fundidores, albañiles, cante-

ros, etc., los cuales debieron ser muchos en aquella corte suntuosa, hubieron por una parte de tener posición más cómoda, y mayor suma de felicidad que el pueblo, y contribuir por otra al bienestar de las clases ricas y elevadas. Los poderosos mercaderes *pochteca*, los distinguidos guerreros, los dignatarios del imperio llevaban vida suntuosa. En sus trajes usaban los hombres, según el Conquistador Anónimo, mantas de algodón labradas de lindos dibujos, y con sus franjas ú orlas; cada uno con dos ó tres mantas anudadas las puntas sobre el pecho. En invierno se cubrían con una especie de zamarros hechos de pluma muy fina carmesí, de un tejido semejante al de los sombreros de pelo; y los tenían también negros, blancos, pardos y amarillos.



Riquísima manta de plumas con adornos de oro

Sus *maxtli* eran lujosísimos de varios colores y adornados de diferentes maneras. Sus sandalias finas y con los talones muy adornados. En la cabeza no usaban nada, si no era en la guerra, en sus fiestas y bailes. Llevaban los cabellos largos y atados de varios modos.

Las mujeres gastaban camisas de algodón sin mangas, y con mangas también, pues así las vemos en los jeroglíficos; largas y anchas, llenas de muy bellas labores y con galanas franjas. Se ponían dos, tres ó cuatro camisas de éstas, todas distintas y unas más largas que otras, para que asomasen debajo como zagaleros. Usaban además, de la cintura abajo, una enagua de puro algodón que les llegaba á los tobillos, igualmente muy lucida y bien labrada. El gentilhombre de Cortés las encontraba muy bien con ese vestido y sus cabellos largos y lustrosos, negros ó tirando á castaño.

Usaban á veces y para los lugares calientes, unos velos de redecilla de color leonado.

Se ve que los trajes acusan una cierta comodidad de la vida, diferente del mal pasar que se ha querido atribuir á los mexica. Y la revelaban también en sus alimentos, pues los señores se alimentaban con gran variedad de viandas, salsas y menestras, tortas y pasteles de todos los animales que tenían, y verduras y pescados que en abundancia había. La caza les daba venados, liebres y conejos; la volatería aves de muchísimas especies; y aun hay la tradición, de que por correos repartidos en postas y á todo correr, traían pescados frescos del mar. Sentábanse á comer en taburetes delante de hermosas esteras, y les servían los alimentos en platos y escudillas, dándoles una toalla de blanco algodón para que se limpiasen manos y boca:

todo lo cual les servían mayordomos y diversos criados. Tomaban diversas clases de licores y sendas jícaras de chocolate. Es curioso saber cómo lo preparaban. Tomaban granos pequeños de cacao, los machacaban para reducirlo á polvo, y lo ponían en una vasija con pico. Luego le echaban agua caliente, y lo estaban revolviendo con el instrumento especial que llamamos molinillo; y después de batido muy bien, lo pasaban á la jicara de manera que hiciese espuma. Hemos visto de esas vasijas chocolateras algunas finísimas y aun de tecali, y en cuanto á las jícaras las había bellísimas de barnices y de dorados, y Cortés las encontró de oro en el palacio de Axayácatl. Los mexica, para beber el chocolate, volvían á batirlo según el testigo presencial que nombramos, Conquistador Anónimo, con unas cucharitas de oro, de plata ó de madera. Por lo tanto, usaban á lo menos el cuchillo y la cuchara.

Naturalmente las habitaciones de los grandes correspondían á estas comodidades y á estos goces de su vida. Dice el cronista, que había muy hermosas y muy buenas casas de señores tan grandes y con tantas estancias, aposentos y jardines, arriba y abajo, que era cosa maravillosa de ver: tanto, que entró cuatro veces en la casa del señor principal sin más fin que el de verla, y andando hasta cansarse nunca llegó á verla toda. A la entrada de las casas de los señores había grandísimas salas y estancias alrededor de un gran patio; y en la del rey de México era tan grande, que cabían más de tres mil personas, y en el piso de arriba había un terrado donde treinta hombres á caballo pudieran correr cañas como en una plaza. En toda gran casa había además un *temaxcalli* ó baño, y un adoratorio para los dioses de la familia.

Los hombres no se pintaban sino en las fiestas ó al ir á la guerra para espantar al enemigo; pero las mujeres lo hacían por afeite, aunque de los textos se deduce que únicamente lo practicaban en las ceremonias religiosas.

A tanta comodidad y tanto lujo no podía corresponder el miserable mueblaje que algunos historiadores dan á los mexica. Sabemos que sus piezas estaban alfombradas de esteras de vistosas labores; las pinturas jeroglíficas nos presentan ricos *icpalli* ó sillones cubiertos de hermosas telas, y por tapetes para los piés, pieles de tigre ó blandas de pluma de águila, ó las paredes estaban pintadas de colores brillantes ó tapiizadas con las ricas mantas que menciona Cortés; doseles de pluma ornaban los salones; había mosqueadores finísimos para dar aire cuando hacía calor, y braseros para quitar el frío. No había cama en la forma de las nuestras, según testimonio de Bernal Díaz; pero se formaban de muchas esteras puestas unas sobre otras, y encima varias mantas, habiendo colchas para cubrirse, algunas muy ricas como el mismo Cortés refiere. Sabemos que las grandes casas estaban alum-

bradas toda la noche, y del alumbrado se dice que era de rajás de ocote; pero si esto podía ser en las casas del pueblo donde no importaba que se ahumasen con la combustión de esa madera resinosa, no creemos en su empleo para las suntuosas habitaciones. Tenemos dos razones además: se han encontrado verdaderos candeleros, entre ellos algunos de piedra *chalchihuitl*; y ya hemos hablado de las teas de copal que los sacerdotes quemaban en el Tlillán. Para nosotros usaban por alumbrado teas ó velas de esa especie de cera llamada *copalli*. Se cuenta que aquellas casas no tenían puertas de madera, sino grandes cortinas ó tapices con pesos en las extremidades para que el aire no las moviese, y unos cascabeles para que se oyera cuando las levantaban. Las hemos visto en los jeroglíficos del mapa Quinátzin. Mas nos ocurre, que en sus ventanas, no conociendo el vidrio, emplearon láminas delgadas de transparente tecali, pues las había en los primeros conventos de frailes construídos inmediatamente después de la Conquista; y nosotros recordamos los de las ventanas de los claustros de San Francisco de México.

Para aumentar la comodidad de la vida de las personas principales, y para que no tuviesen necesidad de andar á pié, sus casas tenían salida sobre alguna de las innumerables acequias que en todas direcciones cruzaban la ciudad, comunicándose con los canales; de modo que caminaban por todas partes en sus canoas como en sus góndolas las damas y los señores de Venecia. Refiere la crónica cómo en sus barcas salían de paseo los mexica. Estaba la ciudad en el lago salado que se comunicaba con el dulce ó de Chalco; los lomeríos del Valle aparecían cubiertos de gigantescos cedros, los cuales se mudaban por picudos pinos y enhiestos ocotes en lo alto de las montañas; éstas, azules como el zafiro, encerraban las lagunas, las tierras cubiertas de flores, y los campos flotantes, las chinampas, canastillas de tierra formadas artificialmente en los lagos, y cubiertas de rosas y verdura; el clima era aún más apacible que ahora por la exuberancia de la vegetación, y por la defensa que contra los vientos prestaban los grandes arbolados; el cielo espléndido; así es que en medio de esa naturaleza lujuriosa, comprendemos los paseos en barcas enramadas, perdiéndose entre las ondas azules á la luz de la luna, en una de esas noches tibias que sólo en México hay.

Y como éste es el vergel de las rosas, en sus banquetes tapiaban con ellas sus salones, y repartían al terminar el festín ramos olorosos de flores y cañas de tabaco. Tabaco es nombre de las islas, introducido aquí por los españoles: los mexica le llamaban *yettl*, cuando era de hoja larga, *picietl*, al de hoja pequeña, y *cuauhyetl*, al menos fino y cimarrón. Fumábanlo de dos modos los mexica, ó arrollando las hojas sobre sí mismas, y entonces le decían *pocyetl*, ó desmenuzado y metido en unas cañas mezclado con otras hierbas

olorosas como el líquidámbar *xochicocozolli*, á las cuales llamaban *acayetl*. Tomábanlo también en polvo por la nariz. El tabaco después de la comida les conciliaba un sueño voluptuoso. El pueblo, que no podía tener esos lujos, buscaba esa embriaguez en el *péyotl* ya citado, en la semilla *ololiuhqui*, que les producía alucinaciones, ó en los hongos, *teonandcatl*, mezclados con miel de abejas.

Es evidente que si la vida del pueblo pobre de México era muy desgraciada, por el contrario, se nos presenta feliz y llena de goces la de las clases elevadas. Para éstas sí había educación y estaba reglamentada la vida doméstica. Los *telpuchcalli* y el *Calmecác* les abrían sus puertas, y bajo este aspecto podemos decir, que en México había instrucción oficial.

La vida doméstica era severa en las casas de los señores: las mujeres tenían aposentos separados, y no salían fuera de la puerta ni bajaban sin guardas á los jardines. No les permitían alzar los ojos ni volver la cara atrás, y las instruían desde niñas en las labores de su sexo. Mayor rigor se tenía con las hijas de los reyes. Cuando el padre quería verlas, iban como en procesión, y ante él eran tan respetuosas que apenas le hablaban para saludarle y despedirse.

Hay dos rasgos en las costumbres de los mexica, los cuales indican bien cómo sabían respetar la virtud y avergonzarse del vicio. Las mujeres desenvueltas vivían bajo la vigilancia de matronas; á ellas se las pedían los guerreros, á quienes por sus hazañas era permitido; pero de noche las llevaban y de noche las recogían. Si se hacía públicamente, el guerrero era castigado, se le quitaban las armas y se le despedía del ejército. Por el contrario, á la mujer honrada que moría en el parto dando un hijo á la patria, la llamaban *macihuaquizqui* ó hembra valerosa, y la colocaban entre las divinidades *Cihuapipiltin*. Como iban á morar á *Cihuatlampa* ó cielo de occidente, y ahí recibía al sol en lo más alto de su curso diurno, en el *nepantlatonatiuh*, donde se lo entregaban los guerreros muertos en la batalla, equiparábanlas á éstas en la estimación pública. Para los mexica sólo merecían vivir en la mansión del sol los guerreros que morían por la patria ó las mujeres que perdían la vida dando hijos á la patria. Por eso á la muerte de la madre lavaban el cadáver, lo vestían con sus mejores ropas y le dejaban el cabello suelto y tendido, y á la puesta del sol lo cargaba á las espaldas el marido para llevarlo á enterrar, rodeándolo las *tici* armadas de *macuáhuil* y *chimalli*, y voceando en son de guerra: los guerreros noveles *telpupúchtin* acometían al cortejo por cortar el dedo mayor de la mano izquierda ó los cabellos del cadáver, pues eran talismanes de victoria y encantamientos. Y no sólo entonces se trababa pelea por alcanzar esas prendas, sino que ya hecho el enterramiento, el marido y sus amigos guardaban cuatro días el sepulcro, porque en

ellos podían ir los mancebos á hacer la mutilación, ó á hurtar el cuerpo para cortarle el brazo los hechiceros *tomamacpalitotique*.

Para surtir á la ciudad de todos los objetos de que hemos hablado, á más de sus industriales, empleábanse numerosos mercaderes, los cuales emprendían lejanas expediciones, y multitud de canoas y chalupas le traían diariamente frutos, verduras y flores. El movimiento principal tenía lugar en el desembarcadero ó muelle colocado sobre el lago al extremo de la prolongación oriental de la calzada de Tlacópan, es decir, donde está ahora el edificio del antiguo San Lázaro. Pero la actividad mercantil se desplegaba en el mercado *tianquiztli* que había cada cinco días, teniéndose como de fiesta para los mexica; aunque todos los demás se abrían, asistiendo á hacer sus compras gran número de personas. El mercado principal de México estaba en Tlatelolco. Los mercados estaban siempre bajo la protección de su deidad, y en ellos y en los caminos inmediatos, había para ese intento piedras redondas como del tamaño de una rodela, labradas con la imagen del sol con puntos á la redonda. De esas piedras deben ser las dos encontradas en el hospital de San Andrés, que ahora están en el Museo. El enojo de estas deidades era grande si los pueblos comarcanos no acudían al *macuiltianquiztli* ó mercado de cada cinco días; pero no sólo este temor sino el gusto hacía que concurriese gran cantidad, pues ese paseo era uno de los mayores goces de aquellos pueblos. Los mercados eran siempre cerrados por paredes é inmediatos á los templos, y en el altar en que estaba la piedra de su dios, se hacían ofrendas de los comestibles que en él se vendían, las cuales en la noche recogían los sacerdotes. Era además ley que únicamente se pudiesen hacer ventas en los mercados, causa de su numerosa concurrencia.

En México había varias plazas de mercado, según el Conquistador Anónimo; pero la mayor era la de Tlatelolco, y se le seguía la del Tecoyahualco en donde está ahora la de San Juan. La de Tlatelolco quedaba al lado oriental del *teocalli* en el sitio ocupado hoy por la plaza: era tan grande que un día no bastaba para verla toda: estaba cercada de portales y tiendas, teniendo además el tribunal de los *pochteca*. Había en él de continuo tanta gente, que el ruido hecho por mercaderes y tratantes se oía á más de una legua. Refiere Sahagún, que acudían á él gentes desde los lejanos países de Xalisco y Cuauhtemalla. En el centro del *tianquiztli* había un teatro hecho de cal y canto, cuadrado de altura de dos estados y medio, y como de treinta pasos de esquina á esquina: en él se hacían fiestas, juegos y farsas que veían los espectadores puestos alrededor, y desde encima de los portales.

Nadie describe las ventas que en ese mercado se hacían como el mismo Cortés, quien cuenta cómo había todo género de mercaderías y de todo el territorio, así

de mantenimientos como de vituallas, joyas de diversos metales, de piedras, de huesos, de conchas, de cara-



El mercado

coles y de plumas; piedra labrada y por labrar, adobes y madera. Refiere que había en él una calle destinada á vender únicamente todo linaje de caza, de aves y de

venados, conejos, liebres y perros pequeños: otra calle de herbolarios donde se vendía toda especie de hierbas y raíces; otra en que estaban los ungüentos emplastos y demás medicinas. Menciona, además, dentro del mismo mercado, casas como de barberos para lavar y rapar las cabezas, y fondas donde daban de comer y beber por paga. Se ocupa de muchos hombres que ahí había para llevar cargas; y describe extensamente las mercaderías. Agrega que cada género de ellas se vendía en su calle propia, sin que ahí pudiera ponerse otra; y que todo lo trataban por cuenta y medida. Habla, en fin, de los oficiales públicos que andaban constantemente en los mercados vigilando las ventas y las medidas usadas, y dice que vió quebrar alguna que estaba falsa.

Concluyamos diciendo que en diversos lugares estaban establecidos mercados de objetos determinados, como el de Cholóllan para las joyas de piedras preciosas; el de Texcoco para ropas y jícaras finísimas; el de Acólman para los perrillos *techichi*, y los ya referidos de Atzacputzalco é Itzócán para esclavos.